



LA EXPRESIÓN DE LA INDIVIDUALIDAD
EN EL *DISCURSO DE MI TRAGEDIA Y VIDA*
DE MIGUEL DE CASTRO

Nicolás MATEOS FRÜHBECK

Universidad Autónoma de Madrid (España)

nicomat97@hotmail.com

Recibido: 23 de noviembre de 2021

Aceptado: 20 de enero de 2022

<https://doi.org/10.14603/9C2022>

RESUMEN:

En este artículo se analiza el Discurso de mi tragedia y vida de Miguel de Castro desde el “yo” y la evolución de su personalidad a lo largo de la autobiografía. A diferencia de los postulados de los teóricos como Lejeune o Gusdorf, quienes consideraban las autobiografías anteriores a las Confesiones de Rousseau como carentes de una manifestación clara de la personalidad o del desarrollo del “yo”, en este artículo se trata de mostrar cómo el protagonista del *Discurso* sí que es consciente de sí mismo y de su propia individualidad dentro del sistema social-cortesano en el que se inserta.

PALABRAS CLAVE:

Miguel de Castro, autobiografías militares, autobiografías, Lejeune, sistema cortesano.

ARTENUEVO

Revista de Estudios Áureos

Número 9 (2022) / ISSN: 2297-2692

unine

UNIVERSITÉ DE
NEUCHÂTEL

Institut de langues et
littératures hispaniques

THE EXPRESSION OF INDIVIDUALITY IN MIGUEL DE CASTRO'S *DISCURSO DE MI TRAGEDIA Y VIDA*

ABSTRACT:

In this article I intend to analyze the expresión of individuality of Miguel de Castro's *Discurso de mi tragedia y vida*, and the evolution of his personality throughout his autobiography. In contrast to the postulates of theorists such as Lejeune or Gusdorf, who considered the autobiographies prior to Rousseau's *Confessions* as lacking of a clear manifestation of the personality or the development of the "I", this article tries to show how the protagonists of the *Discurso* is indeed aware of himself and his own individuality, within the social-courtesan system in which he lives.

KEYWORDS:

Miguel de Castro, Military Autobiographies, Autobiographies, Lejeune, Courtly System.



INTRODUCCIÓN

Hasta hace poco, casi toda la crítica literaria dedicada al estudio de la autobiografía ha considerado a Rousseau como iniciador del “género”. A partir de que Lejeune publicase su fundacional trabajo sobre el llamado “pacto autobiográfico”, las obras europeas anteriores a 1770 fueron separadas del conjunto de obras vinculadas a esta variedad genérica. En palabras del crítico francés:

La situation du «définisseur» est ainsi doublement relativisée et précisée: historiquement, cette définition ne prétend pas couvrir plus qu’une période de deux siècles (depuis 1770) et ne concerne que la littérature européenne: cela ne veut pas dire qu’il faille nier l’existence d’une littérature personnelle avant 1770 ou en dehors de l’Europe, mais simplement que la manière que nous avons aujourd’hui de penser à l’autobiographie devient anachronique ou peu pertinente en dehors de ce champ. (1975: 14)

También Gusdorf, otro de los investigadores más leídos de cara al estudio de la teoría que entraña un “género” como el autobiográfico, opina que la publicación de las *Confesiones* de Rousseau son el punto de partida, ya que «il faut donc admettre que le chef d’oeuvre de Rousseau marque le seuil d’émergence de l’autobiographie “proprement dite”» (1975: 961)¹. A esto se le suma, además, la definición que propone Lejeune para la autobiografía, que no es otra que la de un «récit rétrospectif en prose qu’une personne réelle fait de sa propre existence, lorsqu’elle met l’accent sur sa vie individuelle, en particulier sur l’histoire de sa personnalité» (1975: 14). Esta historia de la personalidad es una de las razones por las que una buena parte de los investigadores ha excluido autobiografías como la que propongo estudiar en este trabajo, el *Discurso de mi tragedia y vida* de Miguel de Castro, casi dos siglos anterior a la obra de Rousseau y a la fecha que, en principio, establece el comienzo de un nuevo género literario. Para Lejeune, de hecho, una de las características básicas que define este tipo de obras es el motivo sobre el que deben girar las autobiografías, que debe ser el de la vida del individuo y el de la

¹ La monografía de Georges May *L’autobiographie*, en un principio, plantea la posibilidad de que el origen se remonte a mucho tiempo atrás: «parece por tanto que, según la idea que nos hagamos de la autobiografía, somos libres de situar su origen: en el siglo IV con San Agustín, en el XI con Abelardo, en el XIV con el emperador Carlos IV, en el XVII con Bunyan o en el XVIII con Rousseau» (1979: 12). Sin embargo, para el estudioso, «si nos interesamos por la instauración de una tradición auténticamente literaria de la autobiografía, sin duda ésta data de mediados o fines del siglo XVIII y su impulso se debió en gran parte a la notoriedad y el éxito que alcanzaron las obras póstumas de Rousseau» (1979: 13).

génesis de su personalidad: «le sujet doit être principalement la vie individuelle, la genèse de la personnalité: mais la chronique et l'histoire sociale ou politique peuvent y avoir aussi une certaine place» (1975: 15).

Evidentemente, en los últimos cuarenta años se han publicado múltiples estudios que matizan o se niegan a aceptar esta definición sobre la autobiografía en sentido genérico, así como las características que la definen, en especial en el marco de lo que podemos denominar como la manifestación de la individualidad o del “yo” autobiográfico. No podemos olvidar las contribuciones de Derrida (1984), De Man (1991), Loureiro (2001) o Pozuelo Yvancos (2006), que cuestionan los límites ficción/realidad intrínsecos a una obra de este calibre, además de proponer nuevas teorías sobre el concepto de construcción del “yo” y las implicaciones que dicha construcción posee en la interpretación de la autobiografía². Sin embargo, los fundamentos básicos de Lejeune y Gusdorf, entre otros, siguen siendo, a día de hoy, la base o, al menos, el punto de partida para empezar a estudiar este género con independencia del enfoque adaptado.

En relación con el *Discurso* de Miguel de Castro, nos interesa incidir brevemente en la bibliografía sobre las autobiografías militares de los siglos XVI y XVII en España, que, todavía, no han recibido la atención que realmente merecen de acuerdo con el marco teórico previo. Tanto para una posible redefinición como para comprender el alcance de la autobiografía en España durante dichos siglos, una revisión de este tipo de modelos autobiográficos particulares sería necesaria.

A este respecto, la monografía de Levisi, *Autobiografías del Siglo de Oro* y, anteriormente, la de Pope (1974), se han posicionado, quizá, como los estudios panorámicos más representativos sobre la obra que nos va a interesar en este análisis³. En relación con la manifestación de la individualidad y la historia de la personalidad, para Levisi

no podemos esperar en los escritos de Pasamonte, Contreras o Castro la meditativa actitud ante la propia personalidad que caracteriza a un Rousseau, el cual desde otro

² En la abundante bibliografía sobre el género autobiográfico, los estudios de Lejeune y Gusdorf son todavía dos de los grandes referentes en la actualidad.

³ Aunque menos actual en lo que toca al tema del presente trabajo, la edición de Cossío (1954) de las autobiografías de Jerónimo de Pasamonte, del duque de Estrada, de Alonso de Contreras o del mismo Miguel de Castro y, anteriormente, las de Serrano y Sanz, son también dos de los pilares fundamentales a la hora de dedicarse a la investigación autobiográfica de la época a la que nos referimos. Se debe destacar, además, la introducción que precede a la edición, algunas de cuyas ideas siguen predominando en varios aspectos hasta el día de hoy.

momento histórico y cultural se propone explícitamente revelar ante el lector la totalidad de su ser. (1984, p. 19)

Esta investigadora, siguiendo las teorías clásicas de Lejeune, considera que

Contrariamente a lo estipulado en la definición de Lejeune, ninguna de estas autobiografías presenta una explícita revelación de los procesos interiores de su autor, y no concede particular atención a lo que podría considerarse la historia de la propia personalidad. (1984: 19)

En este sentido, en los escritos de Pozuelo Yvancos, este autor considera que «las autobiografías de soldados en la España del XVI-XVII son textos que ostentadamente evitan toda intimidad o privacidad interior» (2006: 45)⁴. A pesar de que no es posible hablar de una manifestación clara de la intimidad o una esfera de lo privado en los siglos XVI y XVII, sí que es posible matizar la exclusión de la individualidad, que ha quedado apartada del yo autobiográfico en estas obras. No pretendemos aquí dar a entender la existencia de esta expresión de la intimidad, sino cuestionar hasta qué punto sí que existe cierto conocimiento de la propia personalidad y de la identidad del narrador en estos textos. A diferencia de las teorías de Lejeune y de Levisi que mencionábamos hace un momento, es evidente que la manifestación de la totalidad del ser y del propio yo se desarrolla de una manera diferente en las autobiografías de los siglos anteriores a las *Confesiones* de Rousseau, lo que no significa que la manifestación de la individualidad o de la propia personalidad no existiesen. Aunque no es nuestra intención contextualizar social e históricamente la obra de Castro, como mostraremos más adelante, esta forma parte del sistema social-cortesano del siglo XVII bajo el reinado de Felipe III, lo que indiscutiblemente conlleva ciertas diferencias con respecto a la forma en que autobiógrafos como Rousseau hablan de sí mismos y exteriorizan su individualidad.

⁴ Cabe destacar la manera en que matiza por qué razón niega la existencia de una posible manifestación de la personalidad en las autobiografías militares de estos siglos, y de cualquier etapa anterior a las últimas décadas del siglo XVIII: «precisamente la historia muestra mucho de cómo el concepto mismo de “personalidad” se ha podido ir forjando. No es aventurado suponer que toda la crítica sobre la ficcionalidad del yo autobiográfico ha surgido en un contexto intelectual netamente posromántico, donde ha tenido sentido, porque las propias autobiografías lo propiciaban, concebir al acto autobiográfico como un acto donde se dirimen cuestiones relativas a la *personalidad* en ese sentido individual. Tal énfasis formaría parte, en todo caso, del pacto de lectura de un lector contemporáneo y de las autobiografías posteriores a las de Rousseau y muy influidas por el giro radical que la del ginebrino dio al género» (2006, p. 45).

A pesar de todo, otros especialistas como Cassol (2000) han reivindicado la consideración de estas autobiografías desde comienzos del actual milenio. El investigador italiano pone en tela de juicio que solamente se pueda denominar como “autobiografía” a las obras producidas después de la publicación de las *Confesiones* de Rousseau. Esto lo justifica comparando los célebres *Comentarios* de Duque de Estrada con algunos de los textos que se han considerado canónicos de la autobiografía:

In tutti i modi, mi sembra sia legittimo parlare di autobiografia anche per quanto riguarda il Seicento. Sul versante terminológico non c'è spazio per molti dubbi: è vero che il termine non esisteva ancora, ma non si può fare a meno di notare che definizioni quali “Relación de mi vida”, “Discurso de mi vida” o “Historia de mi vida” equivalgono perfettamente al moderno ‘autobiografia’: c'è la vita (vida e bio-), c'è la scrittura di quella vita e di quella scrittura (mi e auto-). La frequenza con cui tali definizioni ricorrono nelle memorie dei soldati è l'indice di una precisa coscienza, viva nell'autore, di trovarsi in un punto che spazialmente e temporalmente differisce da tutti quelli attraversati nel corso della propria esistenza anteriore al momento della scrittura, e che pure ne è il prodotto. Anche Duque de Estrada, esattamente come Rousseau, Burke, Sartre o Nelson Mandela, siede al cospetto del suo passato, lo osserva, cercando di cogliervi le ragioni del suo essere attuale, e lo rimodella poi sulla pagina scritta, permettendosi un uso sapiente e a volte perfino eccessivo di un artificio come il flashback, che certo non è appannaggio di un presunto homo autobiographus nato solo sul finire del XVIII secolo. (2000: 60-61)

Cassol, en la misma línea que Lejeune, juzga que el único rasgo común y unificador entre cualquier autobiografía es la coincidencia en la identidad entre las tres personas en las que se expresa el autor en una obra de esta índole: la del autor, la del narrador y la del personaje principal. De esta manera, la propuesta de Lejeune se ajusta a las obras que nos atañen en este trabajo⁵. Por otra parte, al contrario que el francés, como ahora analizaremos en el caso de Miguel de Castro, Cassol valora que, inevitablemente, la conciencia del yo sí que ocuparía un papel importante en estos textos, dado que estas obras se insertan en una «conscienza dell'individuo nell'età rinascimentale» (2000: 71), así como en una tradición literaria que abarca géneros como la novela sentimental o la novela picaresca, además de los epistolarios o las

⁵Amelang también defiende la manifestación de la personalidad y del “yo” en las autobiografías “populares” de la Edad Moderna en Europa. En su monografía *El vuelo de Ícaro. La autobiografía popular en la Europa Moderna*, James S. Amelang caracteriza la autobiografía popular, entre otras cosas, por un individualismo que, «entendido en un sentido más amplio, impregnó toda la escritura autobiográfica popular» (2003: 88).

mismas autobiografías confesionales, que pudieron suponer cierta influencia en la forma y el sentido del relato subjetivo de la propia vida de cada autor (2000: 72).

La concepción de las autobiografías militares como verdaderas autobiografías, que redefinen las teorías propuestas por Lejeune hace más de cuatro décadas, sirven también para realizar una nueva aproximación a las mismas, desde un punto de vista que, en lugar de solo como antecedente o embriones de lo que vendrá más adelante con la publicación de la obra de Rousseau, y el consecuente impacto en el devenir de la autobiografía en Europa, se acercan al sistema autobiográfico aurisecular del mismo modo que a las autobiografías modernas, sin por ello olvidar las diferencias entre los respectivos contextos históricos. Como recuerda Pozuelo Yvancos:

ningún discurso, y mucho menos un género, es un texto donde un yo pueda verse como instancia separada del momento de su producción, de su axiología, de su relación con el tú que lo interpreta y de los contextos socioideológicos que afectan a esa relación. No ya y no sólo como instancia textual, sino como realidad discursiva e histórica. (2006: 45)

De acuerdo, entonces, con el anterior planteamiento, vamos a considerar de qué manera Miguel de Castro manifiesta su individualidad y relata los hechos que han determinado su perspectiva autobiográfica. No podemos perder de vista las implicaciones que posee el hecho de que su trayectoria vital se enmarque en la sociedad cortesana, esto es, en el modelo político y cultural que existía en España bajo el reinado de Felipe III, a principios del siglo XVII. Recordemos que, con Felipe III, «otra de las transformaciones fundamentales que experimentaron las monarquías durante la primera mitad del siglo XVII fue el cambio en el concepto de cultura y comportamiento cortesano» (Martínez Millán, 2008: 59). Resulta necesario, en este estudio, matizar determinados aspectos para entender de qué manera expresa un individuo como Miguel de Castro su personalidad a partir del relato autobiográfico.

Elias, quien mejor ha caracterizado el complejo sistema que representa una sociedad cortesana, en su caso la de Luis XIV, da cuenta de lo complicado que era vivir en sociedad en la Corte y en el ámbito cortesano⁶. Se trata de una vida sometida

⁶ Evidentemente, Elias no estudia la sociedad cortesana de los siglos XVI y XVII en España; aun así, el sistema cortesano de Luis XIV del siglo XVIII sirve también para comprender las cortes españolas de los siglos precedentes; cortes de las que, por cierto, toma muchos elementos para establecer la suya. En cualquier caso,

al propio sistema, que rige tanto el comportamiento como las acciones de cada individuo que quiera prosperar en la Corte e ir así escalando posiciones en la jerarquía social. Como comenta Elias,

La vida en la sociedad cortesana no era de ningún modo pacífica. Era grande la copia de hombres que se hallaban vinculados en un círculo duradera e inevitablemente. Se presionaban unos a otros, luchaban por las oportunidades de prestigio, por su posición en la jerarquía del prestigio cortesano. Los asuntos, intrigas, contiendas por el rango y el favor no conocían tregua [...]. No había ninguna seguridad. (2016: 142)

Más adelante, Elias también se refiere a este sometimiento del individuo a unas reglas específicas que regían todo lo que concerniese al sistema social-cortesano en el que debía desenvolverse quien quisiese formar parte de él:

Para conservar posición, estimación en la violenta competencia por la consideración y el prestigio en la corte, para no ser víctima de la mofa, del desprecio, del desprestigio, debe uno subordinar su propia apariencia y conducta en una palabra, su propia persona, a las fluctuantes normas de la sociedad cortesana, que ponen de relieve de manera creciente, la peculiaridad, la diferencia, la distinción de los miembros de la sociedad cortesana. Debe uno vestir determinadas telas y calzar determinados zapatos. Debe uno moverse de un modo totalmente determinado, característico de los miembros de la sociedad cortesana. (2016: 292)⁷

Este funcionamiento era clave en la sociedad cortesana con que funcionaba el reinado de Felipe III y, en general, la España del siglo XVII. Más allá de ser una organización política, la Corte se convirtió en el elemento determinante del comportamiento y en la vida cotidiana de todos aquellos que estuviesen vinculados a dicho sistema. Álvarez-Ossorio (1999) y Martínez Millán (2016) destacan cómo la discreción y la prudencia eran dos de las facultades exigidas a cualquier ser humano que se preciase de pertenecer a la corte, además de ser los rasgos básicos de cualquier cortesano: «La cosmovisión del cortesano se levanta sobre dos pilares que constituyen el eje en torno al que gira el comportamiento cortesano: la prudencia y la discreción» (2016: 99). De hecho, uno de los rasgos a los que tendremos que volver en el análisis de la autobiografía de Miguel de Castro es el de la disimulación,

ahora nombraremos algunos de los investigadores más representativos en lo que al estudio del sistema cortesano español se refiere.

⁷ Para el caso de las autobiografías militares, Juárez Almendros (2004) ha demostrado que las ropas y los accesorios en la vestimenta de los soldados son un medio de expresión más para expresar la individualidad en estas obras, coincidiendo con el postulado de Elias (2016).

propia del cortesano del siglo XVII, ya que, durante el dicho siglo «surge así una literatura de la disimulación y del desengaño al comprobar que no siempre el personaje que poseía mejores cualidades era el que alcanzaba sus objetivos» (Martínez Millán, 2008: 61). De esta conducta surge también «el comportamiento puramente cortesano, esto es, al margen de toda norma ética, referencia religiosa, y orientado exclusivamente a conseguir el propio interés» (Martínez Millán, 2008: 63).

En relación con Miguel de Castro, se añade su condición militar que, por lo dicho anteriormente, seguía formando parte intrínseca del sistema cortesano por el que se regía el resto de la sociedad. Tanto es así que, en el entramado de redes que supone un sistema cortesano como el de la monarquía de Felipe III, soldados como Miguel de Castro, «lo que pretendían en la corte era algún entretenimiento, es decir, alcanzar alguna misión cerca de la persona de un general para acompañarlo y hacerle aquellos servicios que se le ofrecieran» (Borreguero, 2005: 54). Esta aspiración, como veremos mediante el análisis textual de su *Discurso*, plantea la hipótesis de que la expresión autobiográfica de Manuel de Castro y la forma de actuar de este son una singularidad y, a la vez, un ejemplo de por qué la individualidad y la identidad del individuo poseían un papel relevante en este tipo de obras.

Asimismo, en el análisis del narrador y protagonista de esta obra y, por ende, del autor, trataremos de calibrar hasta qué punto Castro forma parte del sistema cortesano en el que se inserta, y de qué manera su conducta resulta una excepción dentro de este mismo sistema, en su relación con el resto de personajes que van apareciendo. De cualquier modo, los choques y disputas en las que se ve envuelto este personaje son dependientes de la axiología cortesana, lo que se reflejará también en la manera en la que se expresa su individualidad en contraste con el resto de personajes que forman parte de la sociedad de Felipe III. La dialéctica de Miguel de Castro entre su comportamiento y el que se espera de él, como corresponde a un personaje cortesano, será clave en la concepción de su individualidad y de su manifestación del “yo”⁸.

Sobre esto último, Elias vuelve a ofrecer aquí una de las claves para comprender por qué razón el *Discurso* de Castro es una autobiografía tan anómala si se compara con el resto de obras de esta índole que se escribieron en el mismo siglo.

⁸ En ocasiones, el propio Miguel de Castro se aproxima más a un comportamiento de corte picaresco que a uno cortesano. No podemos olvidar que la picaresca, en cierta manera, es producto de la evolución del sistema social-cortesano, de modo que no se trata de comportamiento independiente o excluido del propio sistema.

El investigador hace hincapié en el tipo de racionalidad que determina, en cierta manera, las conductas cortesanas y las relaciones sociales:

Una configuración social dentro de la cual tiene lugar, en un grado relativamente alto, la transformación de coacciones externas en autoacciones es una constante condición para la producción de formas de comportamiento a cuyos rasgos diferenciales uno intenta referirse con el concepto de “racionalidad”. El concepto complementario “racionalidad” e “irracionalidad” se refiere entonces a la participación relativa de afectos más transitorios y de modelos intelectuales más permanentes de los contextos observables de realidad, en la dirección individual de la conducta. (2016: 127)

Como se analizará en los siguientes párrafos, esta autoacción tan necesaria para que el cortesano sepa integrarse en su sociedad, esta “racionalidad” cortesana con que participa en el sistema que conforma la Corte con el consecuente comportamiento exigido, no parece ocasionalmente que Castro tuviera demasiado presentes a la hora de actuar o de tomar decisiones, lo que se reflejará también en sus reflexiones personales y en su debate interno.

LA INDIVIDUALIDAD DE MIGUEL DE CASTRO EN LA SOCIEDAD CORTESANA

El *Discurso de mi tragedia y vida* de Miguel de Castro, como bien ha reconocido la gran mayoría de críticos que se ha dedicado a su estudio, llama la atención por su singularidad respecto al resto de autobiografías militares que se conocen de los siglos XVI y XVII. Se trata de una autobiografía escrita, seguramente, alrededor del año 1612 y anotada o revisada cinco años después, cuando el autor todavía no había alcanzado los treinta años. Ya solo por la juventud del autobiógrafo, destaca por su rareza⁹.

⁹ En la misma línea que lo comentado anteriormente, hasta las últimas dos décadas, existía cierta unanimidad a la hora de criticar la obra de Castro, comenzando con Serrano y Sanz, para quien esta obra se debe vincular con la de algunos «soldados fanfarrones que dedicaron largos párrafos a transmitirnos los nombres y hechos de sus coimas, y de pasajes que sólo pueden servir para ilustrar el Dufour u otra obra del mismo género» (1900). También Pope se fija casi únicamente en el pobre estilo del escritor y la misma Levisi retoma las mismas valoraciones críticas. Quizá, el más mordaz de los críticos de Castro es Cabo (1992), quien opina que «el lenguaje del yo de Miguel de Castro [...] es un lenguaje fragmentario, condenado a una especie de disonancia consigo mismo, incapaz, en suma, de transmitir esa imagen de coherencia o de unicidad que relacionamos con la idea de un yo que cuenta y que se cuenta» (1992: 592). Es curioso, por lo tanto, que una buena parte de la crítica se haya focalizado en demostrar por qué esta autobiografía no brilla por su calidad literaria, lo que es esperable si tenemos en cuenta el origen y el contexto socioeconómico en el que se inserta el protagonista.

Sin embargo, no es la génesis de la autobiografía lo que nos interesa, sino las vicisitudes vitales que se manifiestan en la misma. La obra de Castro es la historia de un hombre joven que desde un primer momento se ve incapaz de contener su extremado apetito sexual, motor y vehículo que da sentido a todos los hechos que le van aconteciendo. Este ímpetu amoroso estructura los diferentes episodios que dan forma a la autobiografía, ya que es posible dividir el texto según las amantes que van apareciendo y que van llevando al protagonista de una desgracia a otra. Igualmente, Miguel de Castro tiene contacto con personajes ilustres dentro de la sociedad cortesana en la que se mueve, como dos de sus amos el conde de Benavente y el mismo capitán Francisco de Cañas, «un caballero muy estimado de todos los príncipes y señores españoles e italianos que le conocen [...]. Muy comedido, gran cortesano [...], muy discreto y buen cristiano» (2021: 75)¹⁰. A raíz de esta clara pertenencia a las esferas cortesanas, insistimos en la anomalía del personaje que nos atañe, dada su actitud respecto al resto de personas que lo rodean. Especialmente, por la poca atención y el poco cuidado con que Castro, como veremos, trata de mantener una posición adaptada a los requerimientos cortesanos, principalmente sobre los dos amos que acabamos de mencionar.

Miguel de Castro queda huérfano desde temprana edad. Nace en Fuente Ampudia, Palencia, aunque no tarda en pasar de un familiar a otro, lo que le lleva a intentar huir por la vía militar, recurso muy común entre quienes se veían en este tipo de circunstancias¹¹. El joven protagonista se alista en el ejército, específicamente en la compañía del capitán Antonio Haya, a quien sirve incondicionalmente hasta su muerte en Nápoles, lo que provoca un cambio de capitán y, por ende, un nuevo amo, Francisco de Cañas. Por su irrefrenable apetito sexual, los acontecimientos le llevan al servicio del virrey de Nápoles, el conde de Benavente. Su cobardía, así como su incapacidad de llevar a cabo dicha ocupación por culpa de la

¹⁰ Véase de qué manera describe Castro al capitán Francisco de Cañas con las facultades y los rasgos que deben caracterizar a un buen cortesano. De aquí se confirma el hecho de que nuestro protagonista fuese plenamente consciente del alcance de sus acciones y del ámbito social en el que se encuentra en todo momento.

¹¹ Borreguero (2005) muestra cómo la vida de quien se alistaba como soldado a principios del siglo XVI no era la de un cortesano, sino todo lo contrario: «a principios del siglo XVII los nobles comenzaron a despreciar la actividad bélica que había sido su razón de ser. Durante el reinado de Felipe III resultó cada vez más difícil encontrar cabezas militares para las necesidades de la monarquía» (2005: 54). Esto conllevó también un empeoramiento de las condiciones militares, así como un reclutamiento de soldados que no estaban realmente preparados para dicho trabajo: «los soldados de fortuna se mezclaron con un número creciente de soldados impelidos por la necesidad» (2005: 55). En el caso de Miguel de Castro, el sentimiento de gloria militar no existe; de hecho, las descripciones de los campos de batallas y de los enfrentamientos no merecen demasiado interés, al menos en comparación con los episodios amorosos.

pasión amorosa, terminan por condenarle casi del todo. Después de esto, pasa por servir al hermano del duque de Sessa y, al poco, ingresa en la Compañía de Jesús. El último episodio destacable de la obra ocurre en Mesina, a raíz de una revuelta provocada por el mismo Duque de Osuna, aunque poco relevante en lo que al tema central se refiere.

Desde la perspectiva anterior, cabe preguntarse por las razones de mostrar la propia individualidad a través de una serie de episodios de su vida amorosa en una época en la que la falta de discreción y «todo atisbo de intimidad era sancionado como tabú por la moral reinante» (Estévez, 2021: 11). Lo que, por ende, cuestiona que las autobiografías de los siglos XVI y XVII no muestran la historia de la personalidad, o de la individualidad, del “yo” autobiográfico. Muchos críticos han aludido a la dependencia directa con la picaresca (Pope, 1974; Levisi, 1984; Cabo, 1992; Estévez, 2021); no obstante, los argumentos solo se dirigen al comportamiento de Castro en determinadas ocasiones¹². Es necesario destacar que, como bien señala Pope, «la experiencia de Castro, con rasgos de pícaro, se proyecta sobre un universo noble en el cual existe un orden establecido y respetable que todavía resguarda de los colores más negros y permite el gozo de la aventura» (1074: 196). En cualquier caso, no se pretende juzgar aquí esta obra como «una escisión de voces y registros que no alcanzan en ningún momento la cohesión necesaria para construir el referente buscado: el yo de aquel soldado que a principios del siglo XVII se atrevió, no sabemos con qué objeto, a contar su vida» (Cabo, 1992: 591), sino tratar de realizar un acercamiento a esta autobiografía desde una perspectiva con la que no había sido valorada hasta ahora.

En primer lugar, de esta autobiografía se desconoce un destinatario manifiesto que nos permita responder a cuestiones como la relativa al porqué de una obra semejante. Se ha elucubrado mucho acerca de la posibilidad de que se trate de una autobiografía confesional, «producto de una conversión religiosa, de la cual es índice la entrada de Castro en la Congregación de la Asunción en Malta» (Levisi, 1984: 194-195). Sin embargo, por el tono de la autobiografía, de acuerdo con Levisi, «todo hace sospechar una finalidad práctica, y quizá un destinatario lo suficientemente poderoso y magnánimo como para ofrecer al arrepentido soldado una segunda oportunidad para mejorar su posición» (1984: 195). Anteriormente, Pope

¹² Habría que entender esta influencia de la novela picaresca, «como la motivación que para escribir sus propias aventuras tiene el escritor, cuando ve su vida reflejada en la literatura, y no como una simple imitación» (Pope, 1974: 197).

creía haber visto en el *Discurso* «un fenómeno que hemos visto repetido con frecuencia en las autobiografías» (1974: 195), la de los soldados que encuentran «finalmente el amparo de la Iglesia» (1974: 195).

Desde el primer momento, los aspectos de la vida privada son los que dan pie a los episodios estructuradores de la obra. La autobiografía de Miguel de Castro aparece marcada por su primera experiencia sexual e íntima con una tal Virgilia, que «vivía pared por medio, de buen talle, aunque no muy hermosa», que utiliza, básicamente «por apagar aquella furia sexual» (2019: 30) que viene acumulando incluso antes de haber experimentado nada semejante anteriormente y que ya anticipa los hechos que sucederán más adelante. De este episodio amoroso, el lector puede recordar especialmente la violencia con la que concluye el acto, ya que Castro termina envenenando a Virgilia y deshaciéndose del problema, del que sale impune por la ausencia de testigos¹³, además de matar al hermano y al padre de la susodicha. No parece que Castro, en ningún momento, se arrepienta de estos asesinatos; de hecho, a la hora de expresarlos, no se asume las culpas de nada: «con todo eso, me prendieron, y preso, tomaron la confesión, en la cual no dije nada en contra mía» (2021: 38)¹⁴.

No es, sin embargo, hasta que se alista en el ejército como criado del capitán Antonio Haya, cuando realmente comienza a vertebrarse la personalidad del protagonista. Según avanza el relato, Castro casi siempre señala de qué manera evoluciona esa pasión irrefrenable que le hace buscar una amante según el lugar o el momento en el que se encuentra. Cuando hacen una parada en Brindisi, se encariña, de forma algo contemplativa, de la hija de un gentilhomme rico, a la que corteja sin llegar a mantener relaciones sexuales:

Aunque tenía aquí mi modo de entretenimiento, pero era sin tocar pieza que hiciese juego que era amor de duende. Solo había señas y requiebros de billetes y favores de

¹³ Llama la atención cómo un buen número de las autobiografías de soldados del siglo XVII comienzan con un episodio de violencia. Por ejemplo, en los *Comentarios*, el duque de Estrada decide matar brutalmente a su prometida y a su amante –también amigo–, por encontrarlos en plena infidelidad. Asimismo, Jerónimo de Pasamonte da cuenta de la violencia doméstica de la que es víctima en su infancia, aparte de un par de episodios infantiles en los que acaba lesionado por culpa de alguna imprudencia. Lo mismo se puede decir de Alonso de Contreras, quien asesina al hijo de un alguacil a la salida de la escuela, por un altercado con el maestro. Esta violencia merece un estudio pormenorizado para comprender el alcance de dichos actos en cada una de las obras, así como en el conjunto de autobiografías militares.

¹⁴ Resulta interesante, ya desde este punto, la honestidad con que Castro narra los sucesos de su autobiografía. El hecho de que exhiba de esta manera sus mentiras en el momento de narrar su autobiografía, nos lleva, una vez más, a la cuestión del destinatario, si es que hay uno realmente.

chiquillos, porque no nos podíamos hablar de ninguna suerte, sino es de noche por una reja de hierro más alta que cinco estados. Bien creo que las voluntades se conformaban, pero la reclusión no daba lugar a ello. (2021: 42)

Sorprende, en un primer momento, la necesidad de ir justificando la razón por la que no termina de mantener estas relaciones; no obstante, esta actitud contrasta casi siempre con la facilidad del protagonista para enamorarse de sus pretendientas: «y yo había recibido de ella también cosas de enamorados de reja, como efectivamente lo éramos, como es cintas, cabellos, empresas y cosas de esta suerte» (2021: 42).

La contradicción en el *Discurso* es una constante, especialmente entre las acciones del protagonista y la opinión del narrador, que no siempre llega a condenarse a sí mismo, pero tampoco apoya incondicionalmente lo que realiza. Pope también da cuenta de esta contradicción interna cuando declara que «la actitud del narrador corresponde a veces a la de un desvergonzado participante de la vida liviana de Nápoles, y otras a la de un sincero practicante de las doctrinas de la Iglesia» (1974: 197). Justo después de despedirse de esta última amante, vuelve otra vez a mostrar la pasión sexual que vehicula su vida: «No por eso comíamos pan a secas, que aunque no de calidad, ni retirada tanto, ni doncella, había donde ejecutar la ira que de allá se causaba» (2021: 42). Pero es justo después cuando reconoce esta característica intrínseca a sí mismo, visto más como una condena de su propio yo que como un error propio de la juventud. Hay una clara asunción del problema, sin que esto llegue a ser un impedimento para la realización de los actos¹⁵:

Sólo de esto tengo que estar contento, que jamás gasté ni me costó cosa que fuese de consideración, así por junto como por menudo ninguna mujer, antes he recibido que dado. Solo trabajo y fastidio, puedo decir que pocos han recibido tantos malos ratos, días y noches, como yo, por este maldito animal. (2021: 42)

Aun así, estas primeras experiencias tan solo nos introducen en lo que vendrá más adelante, como una especie de prelude de lo que le va sucediendo antes de asentarse en Nápoles con el capitán Antonio de Haya y, tras su muerte, con Francisco de Cañas. En cualquier caso, es posible constatar, en palabras de Estévez, que el protagonista ya pretende «compilar su identidad precisa [...], trazar el diagrama

¹⁵ No olvidemos que, seguramente, Miguel de Castro no llegase siquiera a los treinta años al redactar su autobiografía. No se trata, por lo tanto, de quien observa sus actos pasados desde la sabiduría y la experiencia, sino que sigue en una posición de relativa juventud o, por lo menos, anterior a la vejez.

de su tormentosa parábola histórica, se propone sobre todo el desafío de ahondar en su ser» (2021: 12).

Se podría decir que, de todas las mujeres a las que Miguel de Castro alude, Luisa Sandoval es, sin duda, la más relevante, ya que, como dijimos, su relación con ella abarca casi dos tercios de la autobiografía. Sin embargo, antes de conocer a Luisa Sandoval, Castro mantiene relaciones con una esclava llamada Mina, también, como vimos antes, más cerca de lo contemplativo que de lo físico, cuyo vínculo funciona casi como un antes y un después, o un punto de inflexión, de lo que le llega al lector respecto a sus aventuras amorosas¹⁶.

Tanta es la importancia que el narrador otorga a esta esclava que los sentimientos afloran en él al recordar su nombre y su físico: «Esta se llamaba Mina, y confieso mi flaqueza, que me rindió la voluntad de suerte que aún hay reliquias, con haber pasado seis años, y no tan olvidadas ni tan pocas que no basten a durar muchos» (2021: 51). Es una de las pocas mujeres que aparecen en la autobiografía con las que Castro solamente posee un vínculo sentimental y no físico. Se dedica constantemente a proteger a la esclava del resto de tripulantes, «movido de alguna piedad, aunque no tanto como de voluntad» (2021: 51), de manera que vuelve a exteriorizar sus emociones, esta vez hacia una esclava, ni siquiera cortesana como las anteriores.

Lo que más sorprende es la insistencia con que Castro defiende y protege a Mina, la esclava, y cómo la compraventa de la susodicha y su consecuente cambio de ubicación se convierte en el tema central del relato. Castro expresa el afecto hacia esta mujer con sus acciones y sentimientos, de una protección casi obsesiva: «en estos diez días siempre procuraba regalar mi esclava con fruta, que habita harta en Nápoles, y era lo que ella mejor comía, y le hacía muchas caricias» (2021: 53). El comportamiento de Castro con respecto a Mina, la esclava, se hace destacar entre quienes le rodean. Sorprende su poca inhibición relativa a la forma de expresar su cariño hacia Mina delante de su ama. No olvidemos que, según los parámetros de

¹⁶ Entretanto, Miguel de Castro vuelve a narrar su obsesión hacia otra mujer cortesana, en este caso de Nápoles, con la que mantiene relaciones sexuales durante diez días seguidos. Una vez más, Castro muestra de qué manera vuelve a manifestar su apetito sexual, esta vez sin ningún reparo ni reproche hacia sí mismo: «Quiso el diablo que de allí a tres días fue allí a tomar las estufas una mujer cortesana, napolitana, no de mal parecer. Pareciola que tomándose dobles sanaría más presto, a lo menos del apetito que debía tener. Y convidome una noche que fuese a tenerla conversación a la cama después de acostados los de la estufa. Yo que no echo nada a mal, ni soy amigo de porfiar ni ser descortés en nada, particularmente en esto, acepté luego, y en siendo hora oportuna, fui luego a cumplir la promesa, darla segunda o tercera estufa, porque de las de la casa tomaba ella dos cada día, una a la mañana y otra a la noche» (2021: 45).

comportamiento de un personaje como Castro, en una sociedad cortesana, las consecuentes reacciones de quienes observan el desarrollo de dichas relaciones son las esperables:

Estaba delante la mujer de Sancho Estrada y una cuñada suya, que se espantaron harto, tanto de ver el sentimiento que hacía, aunque aquello era ya ordinario cada día y cada noche desde que se supo la muerte del capitán antes que nosotros llegásemos, que se lo dijeron luego, cuanto de ver la suerte que fue a abrazarme; y a no estar las personas que digo delante, y otras de la casa, pasara más adelante. (2021: 70)

La atracción contemplativa de Castro hacia Mina se hace cada vez más patente en las propias palabras del narrador; de hecho, cuando la esclava contrae una enfermedad que le fuerza a mantener reposo, Castro describe sus pensamientos con un detalle poco común para la época:

Estuve un rato con ella, que quisiera estar todo el día y la noche, y me pareciera poco, pero el poquito rato que a mí ver estuve, tuvo algunos amorosos requiebros y quejas y disculpas y toques de labio, y con estar mala, no sé si era la demasiada afición o si verdaderamente natural, que me pareció más hermosa que nunca, con las visitas de médico tan a propósito a su mal y gusto. (2021: 79)

Estas relaciones concluyen con la tristeza del protagonista tras la venta de la esclava y la reconversión de esta, que pasa a llamarse Inés y a cambiar de vida. Aunque no sean relevantes en el transcurso de la obra, las relaciones, más contemplativas que físicas, que mantiene Castro con esta esclava destacan por la condición de ambos, y la naturalidad con que el narrador describe los momentos que comparte con ella¹⁷. No obstante, inmediatamente después de manifestar la tristeza sufrida por la separación con Mina, Castro da pie a la nueva aventura amorosa que tendrá lugar en esta obra, y que conllevará el verdadero primer escándalo público y personal del personaje.

Junto al hijo del capitán, Luis de Cañas, Castro y su compañero se dedican a cortejar a la hija y a la nuera de un mercader rico que viven cerca del palacio donde se aposentán. Una vez más, la sinceridad con que Miguel de Castro se refiere a este

¹⁷ Tanto es así que, cuando Mina comienza a cambiar de amo, Castro se lamenta porque no podrá seguir visitándola. Sin embargo, esto no contradice que su primera intención fuese el ir a verla, a pesar de las consecuencias sociales que pudiese conllevar este acto. Al final termina por olvidarlo, ya que «por ser casa muy recatada, así por la dicha Leonor Sandoval y su marido, como por las esclavas, no me atrevía ni hallaba excusa con que poder entrar allá para verla» (2021: 80).

suceso y a todo lo que conlleva es más que destacable, si tenemos en cuenta lo que uno se espera de un “discreto cortesano” de la época. En primer lugar, se inventa una biografía para agasajar a las dos mujeres («fingime grueso mercader y rico perulero, noble príncipe, digno poseedor de estimables prendas y caballería por los tejados, tratante de gran caudal», 2021: 83), y miente al confesarles su amor correspondido: «Si lo creí yo, mala Pascua me venga, pero fingí creerlo, y que todo aquello era un átomo en comparación de lo que me causaba su amor, y que era menester mucha mayor suma para remunerar una pequeña parte de las lágrimas que me era causa» (2021: 83). Esto da lugar a una serie de episodios entre Miguel de Castro y las dos mujeres, a las que acaba ayudando a escapar de su casa y aposentando en la de una conocida, lo que provoca un revuelo en la ciudad, así como la búsqueda del culpable y de las dos supuestas pretendientas. Castro, en un momento, reflexiona sobre el sentido de lo que está haciendo, ya que, recordemos, ni siquiera él sabe a ciencia cierta por qué razón está participando en la escapada y poniendo en peligro su honra¹⁸:

Y esto me hizo tener la rienda y andar tibio en poner en ejecución lo que ellas tanto deseaban, y porque tanta prisa me daban y también, como he dicho, la afición en mí no era tan grande que me solicitase a ello, que antes me pesaba en el alma de haberlo hecho, no porque me faltaba ánimo para ello, sino que propiamente no procedía de la voluntad los efectos, porque de ninguna suerte eran de mi gusto, y aunque andaba tan sobresaltado por el odio que las tenía, cuando me veía de ellas ausente, estaba en extremo alegre, y por el contrario, en su presencia estaba como por los cabellos, y que se me hacía cada credo un año, aunque con ellas fingía lo contrario, y no les demostraba lo que en el pecho sentía con su presencia, ni procuraba declaradamente eximirme de ellas, no porque no lo deseaba, pero porque lo uno no me estaba bien, habiéndome metido una vez en ello, y haberlas sacado, y que después no saliese con ello conforme a mi promesa. Por lo cual me tenían por cobarde y falto de ánimo para ello cuanto realmente lo estaba de voluntad. (2021: 89)¹⁹

¹⁸ Castro se sitúa toda la obra en la frontera entre la preocupación por su honra y su estatus como ayudante del capitán Francisco de Cañas, y la especie de pasión irrefrenable que lo mueve, a veces irracionalmente, a cometer actos como el que aquí se nos presenta. Esta es otra de las claves por las que su figura resulta tan singular en comparación con el patrón de comportamiento del resto de personajes de la autobiografía.

¹⁹ Véase la cantidad de expresiones referentes a los sentimientos («la afición en mí no era tan grande»; «me faltaba ánimo»; «lo que en el pecho sentí con su presencia») y a los deseos («lo deseaba»), que sirven como argumento para contradecir lo expuesto en la introducción por Levisi (1984), cuando asegura que estas autobiografías no revelan los procesos interiores de los protagonistas/narradores. No podemos hablar aquí de una esfera de lo privado, pero sí de una manifestación consciente del sujeto, del “yo” y de la construcción de la propia personalidad del autobiógrafo.

Esta introspección del protagonista sobre lo que está ocurriendo subraya, una vez más, el debate interno que sufre a lo largo de toda la autobiografía desde diferentes formas, aunque siempre entre el ideal cortesano y su irrefrenable pasión amorosa, que le incita a verse envuelto en episodios como estos. Pero, curiosamente, no se atiene a la discreción; de hecho, la sinceridad con la que describe sus pensamientos se distancia de la “racionalidad” cortesana a la que aludíamos anteriormente. Para Castro, «el control de los afectos [...] como instrumento de la continua competencia por el status y el prestigio» (Elias, 2016: 129) muchas veces se supedita a la irracionalidad acorde con los principios cortesanos. En cualquier caso, afortunadamente para Castro, el capitán Fernando de Cañas se interpone en el asunto antes de que la familia de las dos mujeres recurra al proceso legal para condenar al militar²⁰.

Tras las múltiples aventuras amorosas que el protagonista vive en la primera mitad de la obra, surge la relación a la que más relevancia otorga en su autobiografía, esto es, la que mantiene con la cortesana Luisa de Sandoval. También es esta la que desencadena casi todos los verdaderos vaivenes e infortunios que le suceden a Castro, que hasta ahora realmente no ha visto todavía peligrar su condición militar de forma alarmante. El protagonista conoce a Luisa de Sandoval a raíz de su amigo y compañero militar Manuel de Quevedo, de la que es amante por correspondencia. Castro se acaba aficionando a ella a causa de traerle las cartas de su amigo, «sin mirar al respeto y decoro que a un amigo se debe guardar» (2021: 95). Desde el principio de esta relación, Castro avisa de las consecuencias que dicho vínculo ha provocado en su situación actual: «que hasta hoy día ha sido causa de perdición espiritual y corporal y de mi honra, y lo fuera mucho más, si Dios, nuestro señor, no me hubiera hecho tan gran merced por medio de la muerte de ella, no hubiera refrenándome hasta dar en el precipicio» (2021: 95)²¹.

La obsesión de Castro por Luisa de Sandoval es inmediata. Según comienzan las relaciones entre ambos, este escapa cada noche para dormir con la susodicha, lo que acarrea su progresiva perdición a nivel cortesano. La poca preocupación del

²⁰ Al contrario que Miguel de Castro, el capitán Francisco de Cañas sí que es plenamente consciente de cuál es el comportamiento que este debe mostrar en un sistema cortesano como en el que se inserta. Por primera vez, aquí, Francisco de Cañas aconseja a Castro comportarse como un cortesano de su nivel social: «Así me respondió que mirase por lo de delante de vivir como era razón y debía, que haciéndolo, serviría de ganar el perdido crédito y cobrarle mayor y obligarle a él a mayor afición y a hacerme merced» (2021: 92).

²¹ Es por este tipo de declaraciones por las que la crítica ha considerado que el objetivo de la obra podría ser el de obtener algún tipo de posición en la Iglesia, o bien algún mecenas a quien se excusa y se justifica de sus malos actos.

protagonista por su estatus y, consecuentemente, por su propio entorno social, resultan sorprendentes, lo que, especialmente a través de estos amoríos, convierten a Castro en un individuo fuera de lo común, así como a su autobiografía en un texto cuya sinceridad sobrepasa los límites de la discreción a la que debe atenerse una persona de su nivel social en el ámbito militar-cortesano.

El desenfreno con el que realiza cada noche la escapada para visitar a Luisa se convierte en el tema central de sus cavilaciones, ya que se ve obstaculizado por los intentos del capitán para impedir sus escapadas nocturnas. Esta obsesión enfermiza es tal, que, en las huidas, el propio Castro se juega su condición física:

No me pareció muy buena aquella manera de salir, porque padecí gran detrimento y trabajo aquella noche pasada, y para continuarlo, era cosa muy contra mi salud y muy peligrosa, y así jamás pensaba sino en cómo podría salir fuera, y que fuese con menos daño; pero al no hallar otro modo, no dejara de usar de aquel, aunque más peligroso fuera, y con más daño, porque a trueque de ir a dormir con la señora cualquiera por peligroso y dañoso que fuera, aunque conocidamente aventurase la vida, lo tenía por menos daño y de más gusto. (2021: 99)

Como era de esperar en un entorno militar-cortesano, el capitán Francisco de Cañas le recrimina dichas salidas, lo que empeora la calidad de su relación progresivamente: «tanta le di hasta que él estaba ya aburrido de sufrirme, y con quererme tanto, le di ocasión a que me perdió muy gran parte de la afición» (2021: 104). Tanto es así que, en más de una ocasión, «Francisco de Cañas no se limita a amonestarle y a intentar cortarle las salidas, sino que le somete a diversos castigos corporales que incluyen la vejación sexual y la reclusión extrema» (Irigoyen-García, 2008: 29). El capitán castiga brutalmente a Castro en más de una ocasión, como cuando le «tomó con ambas manos del miembro, y tiró tan recio, que yo pensé que de aquella vez me dejaba sin aparejo» (2008: 105), además de encerrarle nueve días en un aposento. Sin embargo, la reacción del personaje a este castigo es sorprendente por su pasividad y la manera en que asume los hechos: «Y así tragaba con mucho gusto la amarga y disgustada vida, y pasaba el tiempo tan mal entretenido cuanto bueno a mi mal ver, y en gran sentimiento y desconsuelo aquella novenal prisión» (2021: 105-106).

En cualquier caso, la relación que mantiene Castro con Luisa de Sandoval es la más duradera de toda la obra, situándose en la frontera entre el arrepentimiento

y la felicidad al recordar los momentos junto a la cortesana²². La crítica, como Levisi (1984) o Estévez (2021), ha dado cuenta del cambio estilístico en la voz del narrador en determinadas ocasiones, casi siempre cuando está Luisa de por medio, lo que resulta arbitrario. Si Castro en ocasiones da muestra de su malestar por su incontrolable pasión sexual, a veces cambia el tono cuando se refiere a sus amores con la cortesana:

Pues imprimieron de tal suerte estas palabras en mí, que aquella misma noche fui a desquitar el ocio que las pasadas había tenido, y acrecentar mis quejas y pasado sentimiento y significar el presente gozo, y gozando del acostumbrado gusto y sóliticas caricias, propagándonos el uno al otro las amorosas deudas, y mostrando con las del demasiado afecto turbadas lenguas los en el interno pecho encerrados y ardientes efectos de dos tiernos amantes. (2021: 106)

Aun así, este estilo, que parece más cuidado que el que constituye el resto de la obra, también aparece cuando se arrepiente de sus actos con Luisa y se deja llevar por sus obsesivos arrebatos sexuales. Castro demuestra su conocimiento de las normas y de la conducta esperable que él no está llevando a cabo su trabajo:

Pero ni lo uno ni lo otro, ni la ley de razón ni la de justicia [...] pudieron en mí tanto como el lascivo fuego en que estaba convertido totalmente, que con el mismo desenfado, en saliendo de la cárcel y aposento de mi reclusión, no estuve media hora que no fui luego a ver el cocodrilo de mi ignorancia, la sirena de mis sentidos, el sísifaco peñasco de mis hombros, la ixiónica rueda de mi tormento, que allí era el paradero de los carros de mi sentido, el mesón de mis potencias, el teatro de mis gustos y el ídolo de mis sacrificios, y a ley de mi fe. (2021: 109-110)²³

²² Consideramos oportuno citar el siguiente párrafo de Levisi, que registra esta situación entre el arrepentimiento y el propio tono del relator de los hechos, a veces en contraste: «hay que reconocer que la narración de toda clase de trapacerías [...] se consigna con total indiferencia en cuanto a sus consecuencias morales, pero, en cambio, la relación con Luisa le sugiere reiteradamente toda clase de expresiones de contrición» (1984: 197).

²³ Es incluso más revelador el siguiente fragmento, en que compara su malestar con las rutinas religiosas «que si ellos están según obligación, o acuden a prima, tercia, sexta, nona, vísperas, completas, maitines y laúdes, yo acudo a oficiar la prima de mis disgustos, la tercia de mis trabajos, la sexta de mis antojos, la nona de mis desvelos, las vísperas de mis males, las completas de desasosiegos, los maitines de desvelos, los laúdes de mi infeliz vida y de las demás horas que quedan así de día como de noche» (2021: 110). Francisco Estévez ha visto en este «juego metafórico», cómo «el juego literario que desprende nos advierte ya de una visión de la vida acoготada por las restricciones de la época y las imposiciones religiosas, pero dominada por una sangre temperamental que se revela contra el minuterero de los dogmas» (2021: 7).

Otra de las claves para comprender la anomalía del protagonista y su conducta a contracorriente del sistema cortesano se clarifica a partir de los demás personajes que interfieren en su relación con Luisa. Evidentemente, como buen capitán y cortesano, Francisco de Cañas amonesta y alerta a Castro, más allá de los castigos físicos y las vejaciones sexuales. El mismo capitán no le prohíbe llevar a cabo dichas relaciones, sino que, siguiendo los dogmas cortesanos, le insta a la discreción a la que debe atenerse. Los daños cometidos no son tan graves en el sistema cortesano si no van más allá de la esfera privada, el problema empieza en el momento en que se convierte en un escándalo público:

No te digo que lo hagas de ninguna suerte; pero que ya el diablo te tenga tan arraigado y sujeto, y tu flaco ánimo y fuerzas no puedan resistir sus tentaciones, que no sean tan públicas ni tan continuas, ni tan perseverantes, e incorregibles, y con prudencia, que ya que se comete el pecado, pecase de una sola suerte, y de tarde en tarde. (2021: 119)

Lo mismo ocurre con Luisa de Carvajal, a la que se la denomina como “cortesana” desde su primera aparición, y que como tal quiere mantener las formas que corresponden de cara al público. Luisa trata de convencer a Castro de que siga cumpliendo con su servicio al capitán, sin dejar por ello de realizar sus escapadas nocturnas:

Ella siempre me reñía porque dejaba al capitán, y me persuadía a que volviese a su servicio y gracia, y procurase darle gusto, que como yo lo hiciese con discreción, y lo que ella me decía, que era no tardar tanto ni estarme tan despacio allí, ni tan a menudo, sino que fuese con consideración, que ella quería más mi sosiego que todas las cosas del mundo, y que no haciéndolo así, era fuerza perder lo uno y lo otro, porque en Nápoles no podía estar. (2021: 121)

Queda claro, entonces, que los personajes son conscientes del comportamiento al que deben atenerse. Castro, a pesar de ello, no es capaz de frenar su pulsión sexual, de modo que no cumple con los requerimientos de discreción y disimulo cortesanos. Por ello, y por ser consciente también de su falta de contención, la personalidad de Castro resulta una rareza en contraste con la sociedad que lo rodea.

Como hemos ido sugiriendo a lo largo del trabajo, este personaje parece actuar tanto mediante el conocimiento de la moral cortesana como por una especie

de irracionalidad que lo convierte en un rebelde de acuerdo con los demás individuos. Sin embargo, a Castro se le ofrece la posibilidad de trabajar como ayuda de Cámara, al servicio del conde de Benavente, lo que supone un ascenso a efectos sociales, así como individuales, dentro del sistema cortesano. A pesar de su oposición, Francisco de Cañas le regala unas prendas de ropa para que Miguel de Castro vista conforme a su nuevo puesto²⁴.

El relato de su vida varía cuando empieza a servir al conde, al menos en lo que al foco de la narración se refiere. El autobiógrafo parece aquí otorgarle más relevancia a los sucesos ocurridos durante su estancia en el palacio del virrey, sin dejar por ello de señalar sus escapadas para visitar a Luisa de Sandoval. El protagonista vuelve a hacer hincapié en las características que lo definen como individuo, es decir, en su incapacidad de frenar sus impulsos sexuales. Castro, otra vez, se muestra como consciente de sus errores, así como arrepentido del poco aprovechamiento de su etapa como ayuda de cámara del conde:

Volviendo, pues, al discurso de mi tragedia y vida, la cual pasaba en la forma que tengo dicho, anteponiendo en todas acciones la lasciva voluntad al provecho universal de alma y cuerpo, yendo muy desviado de lo que era agradar y servir con cuidado conforme debía a quien me hacía merced y podía hacérmela mucho mayor, como verdaderamente podía seguramente esperar de un tal príncipe, y de la voluntad con que mostraba aumento, pues en el poco tiempo que le serví lo ha mostrado con obras. (2021: 177)

Al mismo tiempo, recuerda cómo los demás residentes y trabajadores al servicio del conde le amonestan por sus relaciones con Luisa, y la poca atención que presta a dichos avisos: «El camarero y las camaradas siempre me reñían, pero a mí por un oído me entraba y por otro me salía» (2021: 181). Él mismo, cuando el conde se entera de lo que se dedica a hacer en sus salidas nocturnas, da cuenta de cómo su razón es incapaz de controlar sus apetencias sexuales: «Pero el demasiado ardor de

²⁴ Juárez Almendros también ha relacionado este acto de regalar las ropas con la integración de Castro y la gente que le rodea en el sistema cortesano: «Castro participa en la investidura del poder, al vestir literalmente a sus amos como ayuda de cámara, mientras que sus superiores también lo conforman socialmente como criado, al vestirlo con libreas y regalos de ropa usada, a través de los cuales se establecen las jerarquías» (2004: 1117). De hecho, Castro dedica unas páginas de la autobiografía a la rutina matinal para vestir al conde de Benavente y Virrey de Nápoles, ya que se trata de un proceso ceremonial en la que casi todos los trabajadores de la casa cumplen con un papel específico. Elías (2016: 70-94) describe este rito dentro del complejo estructural que denomina como “estructuras habitacionales”, que construyen parte de la jerarquía en la Corte y en el palacio del rey.

la endiablada voluntad y gusto, privó la razón de todo ser, y el entendimiento boto no se adoperaba a lo que la razón le dictaba con tanto trabajo, por serle interpuesta la engañosa voluntad del uno al otro» (2021: 182). El culmen y, quizá, el momento en que Castro se acerca más a una sinceridad poco común en estos siglos, es cuando admite haber dejado marchar al conde a España sin él, lo que, en cierta manera, lo convierte en una especie de desertor²⁵. Para un militar, un acto de esta magnitud no era aceptable. Esta sinceridad a la hora de confesar su huida vuelve a abrir el debate en torno al verdadero destinatario de la obra, ya que desconocemos su oficio o el motivo por el que Miguel de Castro se decidió a manifestar un episodio así, sin justificación alguna y expresando su propia vergüenza.

En este punto termina el relato autobiográfico de los episodios amorosos que narra Castro en su obra; sin embargo, todavía el texto continúa, aun cuando no aporta demasiado sobre la personalidad ni el individuo. Solamente, casi como un cronista, Castro describe minuciosamente una serie de sucesos y revueltas que tuvieron lugar en Nápoles al convertirse el duque de Osuna en virrey, sin aportar nada sobre sí mismo o sobre sus relaciones sociales con el resto de individuos.

CONCLUSIONES

Tras analizar la manera en que se proyecta la personalidad y la individualidad de Castro en su autobiografía, se evidencian múltiples ideas concluyentes sobre la obra y sobre la expresión de la individualidad del protagonista. A pesar de la poca atención que ha recibido el *Discurso de mi tragedia y vida* de Miguel de Castro, algunos estudios panorámicos sobre las autobiografías de los siglos XVI y XVII nos sirven como apoyo para justificar la propuesta argumentada en este artículo.

Como asegura Martínez (2019), «muchas de estas “vidas en armas” revelan la extrema debilidad de los vínculos y lealtades de la soldadesca común respecto al rey y la institución a que sirven» (2019: 88). Sin embargo, a pesar de que la obra de Castro también registre este mismo patrón de desacato a la institución militar, presente también en las autobiografías de Alonso de Contreras o Duque de Estrada, el *Discurso* va mucho más allá de lo esperable en una obra de esta índole. Como hemos

²⁵ Ya solo por el hecho de que, en el siglo XVII, «la desertión colocaba al soldado fuera de la ley en una situación muy grave» (Borreguero, 2005: 79), es posible comprender los sentimientos que explicita Castro al no haberse embarcado con el conde para quedarse con Luisa: «Después buscó ella un aposento de enfrente de su casa, adonde estuve cuarenta días sin salir de él, si no era de noche y con mucho recato. Y más era esto por vergüenza que yo tenía de los que me conocían de haber dejado al conde, que todos pensaban que iba con él a España» (2021: 192).

visto, no es solo la problemática militar por la que se debate el propio Castro, sino por toda la estructura jerárquica de la Corte y del sistema socialcortesano en el que se inserta. La asunción por parte del protagonista de su incapacidad a la hora de frenar su pulsión sexual y su necesidad de mantener relaciones con múltiples mujeres convierten a este personaje y a esta autobiografía en un texto singular para la época. Plenamente consciente de sí mismo, como hemos señalado, Castro muestra los procesos mentales mediante los que se cuestiona los actos que va cometiendo y se arrepiente de sus errores. Es, de hecho, este aspecto, el que nos parece el más relevante para comprender la anomalía de esta autobiografía.

El comportamiento y los pensamientos de Miguel de Castro a veces no parecen concordar con los del resto de integrantes que conforman la sociedad cortesana en la que vive. Los patrones de conducta que sigue, basados en la discreción y la prudencia, no son los de Castro, al menos por lo que narra en los distintos episodios. Sin embargo, como venimos repitiendo, en muchas ocasiones existe una contradicción, tanto a nivel personal como en las propias acciones del protagonista, que se debate entre actuar según el comportamiento cortesano que se espera de un criado de un capitán o un ayudante de cámara de un virrey y sus propios impulsos, siempre en busca de satisfacer su irrefrenable pasión sexual y su deseo de relacionarse con el sexo femenino. Esta obra sirve, en cierta manera, como contraste para los demás autobiógrafos militares de los siglos XVI y XVII cuya conducta viene condicionada dentro de la sociedad cortesana de aquella época. Como ejemplo de ellos, sirve la autobiografía de Alonso de Contreras, al redactar estas memorias para justificar su ascenso a capitán y glorificar sus acciones.

Es curioso, a modo de conclusión, repasar las declaraciones que algunos críticos han aportado sobre su propia interpretación de la obra o sobre diferentes elementos que han considerado importantes, dado que casi todos llegan a la misma conclusión. Por ejemplo, para Juárez Almendros:

Castro dramatiza el complejo de Edipo en la creación de su identidad por su resistencia a abandonar el principio del placer del estadio pre-edípico (o etapa imaginaria), conectado con sus amoríos con mujeres mayores que reproducen su relación primordial materna, y a abrazar la Ley del padre o el orden simbólico, según la terminología lacaniana, que representan sus paternas amos. (2004: 1116)

También Estévez, quien define la escritura de Castro como «una inquieta búsqueda de la identidad personal» que «convierte su narración en única a través de una poética basada en la lujuria y su intento vano de contención», concluye que

«quien trata de compilar su identidad precisa, o de trazar el diagrama de su tormentosa parábola histórica, se propone sobre todo el desafío de ahondar en su ser» (2021: 9 y 11-12)²⁶. Por lo tanto, queda claro que, a pesar de las ocasionales divergencias, se considera que el elemento fundamental de la obra de Castro es la manifestación de su identidad o inividualidad, y su articulación a través del texto en que proyecta sus vivencias.

El *Discurso* de Castro no presenta una introspección del yo como la que lleva a cabo Rousseau en sus *Confesiones*; ello no impide, a diferencia de lo referido por Lejeune, Gusdorf o Levisi, que sea posible encontrar manifestaciones del conocimiento y la construcción del yo. Se trata de un contexto diferente y, por lo tanto, de una forma de expresión muy diferente de la que aparece en Rousseau, pero no de una ausencia total de inividualidad. En una línea diferente a la de Levisi (1984), el análisis de esta obra ha dado lugar a considerar la existencia de cierta intención por parte de Castro de mostrar su personalidad con el paso del tiempo, así como de manifestar, quizá no la totalidad, pero sí los elementos más relevantes en la constitución de su ser.

En definitiva, el *Discurso de mi tragedia y vida* de Miguel de Castro es una autobiografía singular, y a la vez bastante resolutiva de cara a los prejuicios negativos al estudiar este tipo de obras por parte de la crítica. Como señala Cassol (2000), quizá lo más sensato sea juzgar estas autobiografías como el verdadero comienzo del supuesto género, y no como su prehistoria, lo que las ha situado hasta ahora al margen de los estudios autobiográficos.

²⁶ Estévez también subraya que la rareza de esta obra, fundamentada en el impulso sexual de Castro «condiciona de pleno el contenido de la presunta autobiografía y al mismo tiempo facilitó la incomprensión crítica, sin aminorar por ello la atención suscitada entre los pocos investigadores que se acercaron a él admirados por su extrañeza y aparente desaliño formal» (2021: 9).

OBRAS CITADAS

- ÁLVAREZ-OSSORIO, Antonio, «La discreción del cortesano», *Edad de Oro*, 18, 1999, págs. 9-45.
- AMELANG, James S., *El vuelo de Ícaro. La autobiografía popular en la Europa Moderna*, Madrid, Siglo XXI, 2003.
- BORREGUERO BELTRÁN, Cristina, «Los soldados en la literatura española de los siglos XVI y XVII», *Studi Ispanici*, 1, 2005, págs. 45-83.
- CABO ASEGUINOLAZA, Fernando, «Realidad, ficción y autobiografía: a propósito de Miguel de Castro», en *Investigaciones semióticas IV: (describir, inventar, transcribir el mundo)*, vol. 2, 1992, págs. 587-594.
- CASSOL, Alessandro, *Autobiografie di soldati spagnoli del Siglo de Oro*, Milán, LED-Edizioni Universitaire di Lettere Economía Diritto, 2000.
- CASTRO, Miguel de, *Discurso de mi tragedia y vida*, ed. de Francisco Estévez, Huelva, *Etiópicas*, 2021.
- CONTRERAS, Alonso de, *Vida de este capitán*, Madrid, Debolsillo, 2012.
- COSSÍO, José María de, *Autobiografías de soldados (siglo XVII)*, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, 1954.
- DE MAN, Paul, «La autobiografía como desfiguración», *Suplemento Anthropos*, 29, 1991, págs. 113-118.
- DERRIDA, Jacques, *Otobiographies. L'enseignement de Nietzsche et la politique du nombre propre*, Paris, Galilée, 1984.
- DUQUE DE ESTRADA, Diego, *Comentarios del desengañado de sí mismo. Vida del mismo autor*, ed. de Henry Ettinghausen, Madrid, Castalia, 1983.
- ELÍAS, Norbert, *La sociedad cortesana*, México D.F, FCE - Fondo de Cultura Económica, 2016.
- ESTÉVEZ, Francisco, «Poéticas del amor en el *Discurso* de Miguel de Castro», en *Discurso de mi tragedia y vida*, ed. de Francisco Estévez, Huelva, *Etiópicas*, 2021, págs. 7-18.
- GUSDORF, Georges, «De l'autobiographie initiatique a l'autobiographie genre littéraire», *Revue d'Histoire littéraire de la France*, 6, 1975, págs. 957-1002.

- IRIGOYEN-GARCÍA, Javier, «El espacio doméstico como espacio épico en la Vida de Miguel de Castro», *Hispanófila*, 151, 2008, págs. 21-35.
- JUÁREZ ALMENDROS, Encarnación, «El papel de las ropas en las autobiografías de soldados del Siglo de Oro», en *Memoria de la palabra: actas del VI Congreso de la Asociación Internacional Siglo de Oro* (ed. Francisco Domínguez Matito & María Luisa Lobato López), Madrid, Iberoamericana: Vervuert: Fundación San Millán de la Cogolla, 2004, pp. 1109-119.
- LEJEUNE, Philippe, *Le pacte autobiographique*, París, Éditions du Seuil, 1975.
- LEVISI, Margarita, *Autobiografías del Siglo de Oro: Jerónimo de Pasamonte, Alonso de Contreras, Miguel de Castro*, Madrid, Sociedad General Española de Librería, 1984.
- LOUREIRO, Ángel G., «Autobiografía: el rehén singular y la oreja invisible», *Anales de Literatura Española*, 14, 2001, págs. 135-150.
- MAY, Georges, *L'autobiographie*, traducción de Danubio Torres Fierro, Titivillus, 1979.
- MARTÍNEZ MILLÁN, José, «Introducción: La monarquía de Felipe III: Corte y reinos», en *La monarquía de Felipe III: La Corte*, dir. José Martínez Millán & M^a Antonietta Visceglia, Madrid, Fundación Mapfre, 2008, págs. 41-83.
- MARTÍNEZ Millán, José, «La Corte del Barroco: Cambios culturales y de comportamiento» en *La corte del barroco: Textos literarios, avisos, manuales de corte, etiqueta y oratoria*, coord. de Antonio Rey Hazas et alii), Madrid, Polifemo, 2016, págs. 7-25.
- MARTÍNEZ, Miguel, «Vidas de soldados: la escritura amotinada», en *Vidas en armas. Biografías militares en la España del Siglo de Oro*, ed. de Abigail Castellano López & Adrián J. Sáez, Huelva, *Etiópicas. Revista de letras renacentistas*, 2019, págs. 85-101.
- PASAMONTE, Jerónimo de, *Vida y trabajos*, ed. de José Ángel Sánchez Ibáñez & Alfonso Martín Jiménez, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2015.
- POPE, Randolph D., *La autobiografía española hasta Torres de Villarroel*, Madrid, H. Lang, 1974.

POZUELO Yvancos, José María, *De la autobiografía. Teoría y estilos*, Barcelona, Crítica, 2006.

SERRANO Y SANZ, Manuel, «Introducción» en *Vida del capitán Alonso de Contreras, caballero del hábito de San Juan, natural de Madrid*, escrita por él mismo (años 1582 a 1633), 1900, recuperada de <http://www.cervantesvirtual.com/>.